

¿Cuándo comienzan las revoluciones? Cuando el gobernante falsea la ley.

¿Cuándo se cristalizan en movimientos armados? Cuando el pueblo ve que nunca podrá conseguir pacíficamente lo que con justicia y benevolencia pide.

El precursor de las grandes revoluciones, mejor dicho, de las conflagraciones, no ve terminada su obra: antes del fin, el puñal del esbirro o el veneno del mercenario siegan su vida.

Precisamente la fe en la idea se mide por la magnitud del sacrificio; y el esfuerzo es más grandioso, cuando de cien probabilidades corren noventa y nueve de fracasar.

Este es el caso de Francisco I. Madero y de los que, rebelados ante una oligarquía enfurecida, lanzaron el reto y la imprecación a un poder cuya fuerza moral — así se vió después — se la daba un grupo enriquecido, y cuya fuerza física — así se desprende de los hechos — la apoyaba en un ejército cínico y siniestramente pretorial.